

la mesa y vivir dulcemente
en representación de todo el mundo. (III, de *España, aparta de mí este cáliz*).

Tiene, pues, su propia lógica la vida y su propia lógica la poesía; pero resulta difícil anular o desechar la interrelación de ambas para apreciarlas, para valorarlas mejor. Recordemos las sabias palabras de Marguerite Yourcenar, puestas en boca del emperador Adriano: «La palabra escrita me enseñó a escuchar la voz humana, un poco como las grandes actitudes inmóviles de las estatuas me enseñaron a apreciar los gestos. En cambio, y posteriormente, la vida me aclaró los libros».

Sin embargo, resulta útil tener en cuenta juicios como los del profesor italiano y estudioso de Vallejo, Antonio Melis: «Yo creo que puede ser un elemento útil conocer el contexto. Pero también puede despistar. Una exageración de esto puede llevar a una crítica contenidista, y a establecer una relación mecánica entre el contexto histórico-biográfico y la realización artística. Es útil pero no suficiente. Lo que queda a lo largo del tiempo es lo que no está estrictamente vinculado a su tiempo». Yo complementarí­a dichos juicios diciendo que también el alejamiento excesivo de la poesía y la vida del poeta puede convertirse en un distanciamiento peligroso. La poesía puede quedar limitada a una mera estructura lingüística desgajada del fuego personal que animó la concepción y elaboración de la obra. Ni muy lejos que se ignoren, ni muy cerca que se estorben.

Pues bien. Retomando el tema de mi visita a la casa de Vallejo y el asombro gozoso que me produjeron las asociaciones y relaciones encontradas, incidiré sobre el punto referido al verso «Confianza en el antejo, no en el ojo» y a la sencilla y convincente interpretación que, a su manera, hizo de él Natividad (¿qué confianza podría ella tener en sus ojos, si era miope?), para testimoniar el nuevo hallazgo que tales circunstancias motivaron en mí: la percepción de una nueva faceta de la poesía valleji­ana: su particularísimo sentido del humor, su ironía. Acentuaré tales rasgos con ciertas referencias biográficas muy elocuentes.

En mi visita a Santiago de Chuco, algunos viejos amigos y contemporáneos sobrevivientes del poeta, con el desenfado propio de quienes hablan de los recuerdos sin mayor importancia, me contaron de algunas travesuras del hermano de Natividad cuando era niño, del poeta que se fue a Trujillo y de ahí a Lima y después a morir­se en París. Decían que aunque era un muchacho como todos y no se podía negar que era también muy estudioso, César Vallejo tenía sus ocurrencias, como la de esconderles las ropas a los muchachos y a veces hasta a la gente mayor que acostumbraban bañarse desnudos en el río. Hubo incluso un personaje que recordaba aquello con cierto mal humor, por haber sido él una de las víctimas de esa broma. La propia Natividad me refirió que César («mi César», decía ella al nombrarlo) solía ser más alegre que triste, muy cariñoso, sólo que a veces se ponía pensativo y resultaba difícil sacarlo de allí. Me indicó, incluso, el poyo de la casa donde su César se sentaba a mirar y mirar la loma que se divisaba desde ese lugar y que era donde quedaba el panteón.

«De tanto mirarlo, se aprendió el camino y se fue pronto», me dijo señalándome el horizonte de aquel paisaje.

Concluida la visita a Santiago de Chuco, y ya en tiempos posteriores y en otros lugares, escucharía algunas anécdotas del poeta, que bien reflejaban su sentido del humor. El poeta Juan Ríos, quien conoció personalmente a Vallejo y estuvo presente en su entierro en París, me contaba que entre las amigas comunes había una francesa en cuyo rostro la naturaleza había sido avara con sus dones. Era en realidad muy fea. César Vallejo, con mucha gracia, le puso como apelativo el nombre de la bella actriz cinematográfica Greta Garbo, apelativo con el cual todos empezaron a llamarla siempre y que, incluso, ella aceptó de buena gana. Hasta hace algunos años esta nueva Greta Garbo aún vivía en París y puede que aún viva por ahí.

El pintor peruano Macedonio de la Torre solía contar la manera como el propio Vallejo celebró el estreno de su traje negro: siempre acostumbraba Vallejo lucir de traje plomo, con el cual era conocido entre sus amistades. Hasta que una vez apareció vestido de negro. «¿Estás de duelo?», le preguntó al verlo así. Vallejo le respondió que efectivamente estaba vistiendo duelo, era el duelo por la muerte de su traje plomo.

Otra de las anécdotas conocidas de Vallejo y, según testigos, referida por el propio Alfonso de Silva, músico peruano que compartió una gran amistad con el poeta y a quien Vallejo dedicó una hermosa elegía tras su temprana muerte, es la siguiente: la situación económica de ambos amigos no era favorable, corrían los primeros tiempos en París. Tal dificultad era resuelta de modo singular: Alfonso tocaba el violín en un restaurante, lo cual le deparaba alguna compensación económica acorde con la benevolencia de los parroquianos. Conforme lo convenido entre ambos amigos, Vallejo solía ir por él a las horas acordadas y, por lo general, Alfonso salía brevemente a pedirle que se diera una vueltecita más, pues lo recolectado aún no resultaba suficiente. Cuando ya pesaba el bolsillo, César y Alfonso se instalaban en un decoroso restaurante y, para dar un buen anticipo a la cena, pedían entusiasmadas un buen aperitivo que agotaba todo lo recaudado. Entonces Vallejo solía quejarse con una burlesca exclamación: «Qué suerte la nuestra. Tener para abrir el apetito y no para cerrarlo».

En fin, por ahí andan sueltas otras historias que, por no tener muy clara la identidad de los informantes, prefiero obviar. Sin embargo, resulta oportuna la referencia que, dentro del marco del homenaje internacional tributado a Vallejo en Madrid, entre el 7 y el 11 de noviembre de 1988, me hizo la estudiosa francesa de la obra de Vallejo, Nadine Ly. Ella me contó que el psiquiatra que atendió al poeta Blas de Otero en Francia conoció personalmente a César Vallejo, de quien afirmaba que fue un hombre de recia y sana personalidad, positivo, sereno, ajeno al tipo de psicologías perturbadas o depresivas.

Las referencias anecdóticas que me he limitado a contar en el desarrollo de este tema tienen evidentemente un propósito: poner al descubierto la faceta humorística de Vallejo, no por ello menos tierna ni humana. Recordemos que para Larrea, quien dedicó gran parte de su vida al estudio y difusión de la obra vallejana, no pasó inad-

vertido el carácter chaplinesco de algunos personajes protagónicos de la poesía de Vallejo. No olvidemos que el concepto referido a lo chaplinesco es ya una categoría perfectamente diferenciable en el mundo de las ideas y del arte. Es el humor que estremece de ternura, de desolación; que, a través de la risa, da mucho que pensar y mucho que sentir. El estudio de la poesía de Vallejo ha desbordado todos los encasillamientos a los que se la ha pretendido sujetar. En su ensayo *Vallejo ayer, Vallejo hoy*, Américo Ferrari dice al respecto: «la bibliografía de Vallejo se ha enriquecido y diversificado de manera extraordinaria no sólo en el ámbito del mundo hispánico, sino también en países como Estados Unidos, Inglaterra, Italia o Francia. Esta crítica proliferante, caracterizada por su diversidad, da de la poesía y la poética de Vallejo imágenes e interpretaciones múltiples, a veces complementarias y muchas veces contradictorias». Vallejo, hoy, si lo leemos a través de la hermenéutica de los últimos años, son muchos vallejos, o quizá sería más apropiado decir que esta poesía es una especie de teatro donde se representa un drama en el que intervienen muchos personajes: no olvidemos a este respecto que el desdoblamiento de la personalidad es una de las constantes de la obra vallejana y que en uno de los poemas escritos en Europa el poeta declara:

¡Cuántas conciencias
simultáneas enrédanse en la mía!
¡Si vierais cómo ese movimiento
apenas cabe ahora en mi conciencia!
(...)
No puedo concebirlo, es aplastante.

Si el autor del poema no puede concebirlo, menos lo podrá concebir el lector y, sin embargo, yo creo que toda la poesía de Vallejo pide un lector que quiera concebir el movimiento de esas cuatro conciencias enredadas en una sola conciencia.

Resulta necesario también no perder de vista que el ser humano, más aún por las características de nervio o de sensibilidad que lo tipifican, el creador, tiene en sus orígenes, en su vertiente geográfica (vertiente compuesta de heredad social, de historia, de geografía y mucho más), la fuente nutritiva más fértil. Acaso por ello se diga que los versos más que palabras son experiencias. Recordemos que Vallejo afirmaba, en cuanto a sus concepciones ideológicas, que él era lo que era más por experiencias vividas que por experiencias aprendidas. Por ello pues es importante, imprescindible, para apreciar el mundo vallejiano en su extensión más amplia y en su profundidad más honda, tener en cuenta la naturaleza de su lugar de origen, de su país, donde él permaneció 29 de sus 46 años de existencia. «La grandeza de Vallejo estaba ya en el curso de su escritura, tanto en poesía como en prosa, sin depender entonces del componente marxista, que encontrará después en Europa y que entroncará en sus discursos europeos», dice Alberto Escobar.

¡Sierra de mi Perú, Perú del mundo,
y Perú al pie del orbe; yo me adhiero!

(...)

¡Indio después del hombre y antes de él!
¡Lo entiendo todo en dos flautas
y me doy a entender en una quena!
¡Y los demás, me las pelan...!

Es el Perú, la patria de Vallejo, un país de inmensas complejidades psicológicas, sociales, geográficas. De indescifrables enigmas. De paradojas casi inconcebibles. En él coexisten, más que integrándose, oponiéndose, las más diversas culturas, las más diversas etnias, las más diversas épocas. País plural, indudablemente. Inmenso universo poblado de mestizos que aún no se perfilan en un determinado mestizaje. Luis E. Valcárcel, historiador peruano, refería la siguiente anécdota para ilustrar una de sus tantas controversias: un antropólogo citadino que se encontraba en un pequeño pueblo de la sierra peruana durante la conmemoración del día de los difuntos, trata de influir contra la costumbre de los nativos del lugar haciéndoles ver que la comida que ellos dejan junto a la tumba de sus muertos no tienen ningún sentido, pues se pudre y ahí queda, demasiado desperdicio para nada. Un viejo indígena lo escucha y luego le responde que no puede ver quien no sabe ver, que quien come la comida que ahí dejan no es el cuerpo de los muertos sino el alma de ellos, por eso lo que los difuntos comen no es el cuerpo de la comida que les dejan sino el alma de la comida. Nada importa pues que se pudra. Nada se pierde. El sociólogo peruano Carlos Delgado ampliaba dicha versión con la respuesta que a una actitud semejante a la del antropólogo citadino dio un nativo de la costa norte del Perú: «Nuestros muertos se levantan a comer la comida que les dejamos a la misma hora que los muertos suyos se levantan a oler las flores que ustedes les dejan». El sabio viajero italiano Antonio Raimondi comparó la geografía del Perú, por lo intrincada y caprichosa, con un papel arrugado que alguien empuñó con mucha fuerza y luego lo dejó caer. En fin, resultaría interminable enumerar rasgos y ejemplos que ilustren el carácter multifacético de aquel rostro y aquella alma que es el Perú. Cómo poder negar que ese monumental laberinto de proporciones descomunales que es el Perú encuentra en ese otro descomunal laberinto que es la poesía de Vallejo su más genuina expresión, expresión que a su vez encuentra en el Perú su más genuina vertiente. Tal como si se dijera que Vallejo universaliza al Perú y peruaniza al universo. Sin embargo, aunque no como rasgo exclusivo ni excluyente, hay en esa complicada caracterología del ser peruano un gesto común: el sentido del humor, el acento irónico, el aguijón; la mueca hiriente, la burla zumbona, el desdén punzante. El humor como arma. El humor como caricia. El doble sentido del humor. Y confieso que no tengo temor a equivocarme, al afirmar que en cuanto a la apelación al humor como defensa, no obstante ser una manera muy propia de casi todos los pueblos de la tierra, tienen el pueblo español y el pueblo peruano muchas analogías; a tal punto que bien valdría la pena profundizar aún más su estudio, por lo menos para revitalizar el alicaído tema de la identidad álmica de nuestros pueblos. La hispanidad americana. La ameri-